

Capítulo 1 - El dilema

Cristina, desasosegada, daba vueltas en la cama. Pensaba.

«En el mismo momento en que murió mi padre, yo estaba haciendo el último examen de la carrera de Periodismo. Y no noté nada. ¿Cómo puede ser? ¿Cómo no percibí que algo horrible estaba ocurriendo? Mi padre, mi referente, mi modelo. ¿Cómo no me gritó algo en mi interior? Estuve tranquila, me sabía bien la asignatura, rellené los folios del examen con suficiencia y salí contenta. ¿Cómo podía estar contenta? A esa misma hora, a miles de kilómetros de distancia, mi padre yacía en una cuneta con un tiro en la cabeza. Y yo estaba feliz porque había acabado la carrera de Periodismo e iba a ser como él. Llevaba muchos años estudiando y preparándome con la ilusión de emularle. Y no se me ocurrió que algo irremediable acababa de suceder».

Su padre era el famoso TomRo (Tomás Rodríguez de Vinuesa), corresponsal de guerra y una leyenda en los círculos periodísticos. Había estado en todas partes, allí donde hubiera un conflicto armado, allí donde se pisotearan los derechos humanos. Sus crónicas eran valoradas por audaces y sinceras. Si alguien quería enterarse de lo que realmente estaba ocurriendo, tenía que leerle. Los demás contaban los hechos, pero él contaba el porqué se producían estos hechos, quién propiciaba un ataque, quién movía los hilos, qué conexiones había por detrás de los contendientes. Tenía una facilidad especial para despertar simpatía y confianza entre los que le rodeaban, ya fueran señores de la guerra o miembros de la Cruz Roja. La gente le apreciaba y valoraba su opinión y por eso le contaban sus problemas y sus planes. Él les correspondía siendo íntegro y leal, jamás traicionó a un amigo o contó

una confianza. Y era valiente, casi temerario. No le preocupaba el peligro y nunca se acobardó ante un riesgo. Eran incontables las veces que le habían herido o se había escapado por los pelos. Le habían secuestrado dos veces y había estado a punto de morir en Senegal, donde una bala le había perforado un pulmón. Era un hombretón curtido, tenía gran experiencia en controlar situaciones difíciles y estaba muy acostumbrado a manejar sus sentimientos y los ajenos para que nunca se desbordaran y acabaran en violencia. Cristina le quería mucho y le admiraba todavía más.

Después del examen, al llegar a casa, notó que algo no funcionaba bien. Le salió al paso un amigo de su padre, periodista también, que la cogió por los hombros y dijo mirándola intensamente:

— Cristina, tú eres muy valiente. Necesito que me ayudes a tranquilizar a tu madre. Han llegado malas noticias de Nigeria.

— ¿De mi padre? ¿Qué le ha pasado?

— Muy malas noticias, las peores... —Hizo una pausa para que asimilara la gravedad del momento—. Tu padre ha fallecido. Lo siento mucho, era un gran amigo y una gran persona.

— ¿Mi padre? ¿Mi padre ha muerto?

Cristina se apoyó en la pared, incapaz de mantenerse en pie, incapaz de reaccionar. Era una noticia demasiado definitiva, demasiado trascendente. Su padre, que era un roble, que era una roca dura, fuerte, indestructible.

— No puede ser verdad. ¿Qué ha pasado? ¿Cómo se ha producido?

— Llevaba varios días sin comunicarse con la agencia. Eso no era raro en él.

A veces se introducía en zonas o ambientes en los que no podía o no

quería transmitir. Normalmente, eran la víspera de grandes crónicas. Esta mañana hemos recibido un comunicado de la embajada, donde nos explican todas las circunstancias.

Nigeria estaba viviendo una etapa turbulenta. El presidente Murtala Ramat Mohamed subió al poder, en el setenta y cinco, hacía menos de un año, después de un sangriento golpe de Estado. Se creó muchos enemigos, pero tenía buenas intenciones y quería dar al país una época de crecimiento y estabilidad social. Tomás sabía que era importante acabar con las luchas tribales y establecer un Gobierno estable, aunque no fuera el mejor posible. A través de sus contactos, descubrió un complot para matar al presidente y se lo contó a su jefe de Estado Mayor, Olusegun Obasanjo. Después, corrió a advertir al propio Murtala, pero los encontraron los rebeldes, que atacaron la residencia presidencial. Cuando llegó Olusegun con sus tropas, se organizó una refriega con gran cantidad de disparos por ambos bandos. Al final, venció Olusegun, que quedó malherido, pero no pudo impedir que Murtala Ramat y Tomás murieran en la revuelta. Olusegun Obasanjo, asumió el poder.

— Quieren celebrar solemnemente las exequias de tu padre como un héroe que ha entregado su vida por la nación nigeriana.

— Ha muerto, ha muerto mi padre —repetía anonadada, sin acabar de creerlo.

Claro que era un héroe, lo había sido siempre. Un héroe es una persona que ha llevado a cabo una acción extraordinaria que requiere mucho valor. Y eso es lo que hacía su padre cada día, cada misión, cada crónica que mandaba. Sobre todo era su héroe y lo había perdido. Cristina le adoraba. Para ella era un padre afectuoso, un hombre cálido, que la quería, que la entendía y la apoyaba siempre. La

lejanía no había enfriado su complicidad y cariño. Para llegar a ser como él, había estudiado la carrera de Periodismo. Para poder contar al mundo las cosas que sucedían y sus motivos.

Entró en el salón como una autómatas, sin fuerzas, sin energía. Allí estaban, consternadas, su madre y su hermana. Se abrazó a ellas en silencio. No había palabras que pudieran expresar sus sentimientos, su horror, su inmenso pesar. Las tres estaban profundamente afligidas.

Su hermana, Patricia, era arquitecta y estaba casada con un compañero de carrera. Juntos habían abierto un estudio y les llovían los encargos. Se habían especializado en chalés y casas de campo y estaban llenando la zona de Guadarrama con sus creaciones modernas y funcionales. Esperaban un niño y llevaban una vida feliz y convencional, trabajando mucho, pero sin correr aventuras peligrosas. Patricia era muy brillante e imaginativa y había encontrado en Antonio su pareja ideal. Ella aportaba las ideas, la imaginación y el buen gusto, y él era metódico, ordenado y riguroso en la ejecución de los proyectos. Formaban una buena pareja personal y profesionalmente.

Su madre, que se casó muy enamorada de Tomás, había amoldado su vida a no tenerle cerca. Le quería, era su marido, pero no le echaba de menos. Había organizado sus actividades alrededor de sus hijas, sus amigas, la religión, las obras de caridad, los actos sociales y poco más. Llevaba una existencia regalada, con pocas preocupaciones serias y mucha actividad intrascendente. No llegaba a comprender a su marido del todo, no entendía qué podía motivarle para dejar su casa, sus comodidades y marcharse a pasarlo mal, a vivir peor y a sufrir algún percance irreparable. Todo por mandar unas crónicas, unos relatos de un mundo lejano y distinto, donde sucedían cosas atroces. En Madrid hubiera tenido un buen

trabajo. Varias veces le habían ofrecido en un periódico hacerse cargo de la sección de internacional, pero él decía que no podía estar detrás de una mesa, que necesitaba acción y sentir la adrenalina corriéndole por las venas. Ya lo habían discutido muchas veces y habían llegado a un equilibrio. Él hacía lo que más le gustaba y ella se había acomodado a la vida sin él.

Pero hoy era distinto, le habían perdido para siempre. No volvería nunca a casa con su aspecto de trotamundos, su mochila y su cara morena y acartonada. Nunca volverían a sentir su alegría, su energía y sus enormes ganas de vivir y descubrir cosas nuevas.

Esa noche en su habitación, desvelada, recordaba el último viaje de su padre a Madrid, por Navidad. Había ido a recibirle a Barajas y estaba nerviosa esperando que se abriera la puerta y apareciera.

- Hola, Topito. — Siempre la llamaba así, desde pequeña, porque se metía por debajo de su brazo cuando estaba sentado, para que la abrazara y la sentara en sus rodillas.
- Hola, papá, qué ganas de verte. —Se abrazaron felices.
- Estaba seguro de que tú estarías aquí.
- Mamá y Patricia también querían venir. No debería decírtelo, pero se han quedado preparándote una fiesta de bienvenida. Tú tendrás que poner cara de sorpresa.
- No te preocupes, seré el más sorprendido del universo.

Siempre había existido una conexión especial entre ambos. Tomás quería a sus dos hijas con idéntica devoción. Pero Patricia, la mayor, era una copia de su madre, en carácter, en manera de ver la vida, hasta se parecían mucho físicamente, ambas eran muy guapas, dulces y muy clásicas. Cristina era igual que él, intrépida, inconformista y rebelde. Físicamente, era muy delgada, por lo que lucía un buen tipo y mostraba un aspecto moderno. Tenía los rasgos de la cara un poco duros, como él, pero lo que en un hombre resultaba varonil y atractivo, en una mujer quedaba poco femenino. No se podía decir que fuera guapa. A cambio, era muy inquieta intelectualmente, era inteligente y muy curiosa; todo despertaba su atención y no se conformaba con una respuesta fácil o convencional, todo lo ponía en cuestión. No era de trato fácil, no le gustaba que la halagaran en vano, no toleraba una injusticia, nada le resultaba ajeno, por lo que frecuentemente aparecía como apasionada y vehemente. Muchas veces la tachaban de antipática o de tener mal carácter.

Fueron hasta su coche, un Fiesta rojo, lleno de pegatinas de ciudades y países exóticos que él le traía de sus viajes.

- Tengo que contarte algo importante, al menos para mí. Creo que estoy enamorada.
- ¡Hija mía, me alegro! El amor hace que la vida sea más interesante. Proporciona disgustos y alegrías, pero hace que las emociones fluyan por las venas. ¡Cuéntame!
- Pues es un abogado de treinta y dos años, que está ya trabajando en un bufete de prestigio. Es Rafael, el hijo pequeño de Esteban y Menchu; a mamá le parece una buena familia. Creo que me quiere mucho. ¡Y es guapísimo! Ya le conocerás.

— ¡Cuánto me alegro! Espero que te haga muy feliz. Si no, tendrá que vérselas conmigo.

Así, entre risas y confidencias, llegaron a su domicilio.

Pasadas las fiestas, llevaba varios días buscando la oportunidad de hablar a solas con su padre. Quería saber su opinión sobre Rafael, su novio, y además quería comentar con él su proyecto fin de carrera, que tendría que abordar ese mismo año. Entró en el salón y lo encontró sentado cómodamente escuchando música clásica. Una de las cosas que más echaba de menos en sus viajes era su colección de discos.

— Hola, papá. ¿Puedo interrumpirte? ¿Te molesto?

— Tú no me molestas nunca, cariño. Siéntate.

Bajó la música hasta dejarla en un susurro y se dispuso a afrontar aquella conversación.

— ¿Qué te parece Rafael? No me has dicho nada.

— Rafael me parece un buen chico, serio y formal, que te quiere. Estoy contento...

— Pero... Hay un pero, ¿no?

— No me parece demasiado tolerante con tus ambiciones de convertirte en una periodista de acción. Con su llegada a tu vida, pueden haber cambiado las prioridades y tienes que asumirlo. Ya nada será como antes de conocerle. Tus planes de convertirte en una viajera perpetua tienen que ser revisados.

Con formato: Con viñetas + Nivel: 1
+ Alineación: 1,25 cm + Sangría:
1,89 cm

Cristina no quería pensar que su relación con Rafael la iba a convertir en un ama de casa convencional, como su madre. Le daba mucho miedo amoldarse a ese papel y, años después, darse cuenta de que no podía soportarlo.

- En este momento, tienes abiertas todas las opciones para elegir tu camino en la vida, pero no puedes tenerlo todo. Tienes que elegir. Por un lado, están tus proyectos de ser una corresponsal de primera línea. Eso se compagina mal con tener un marido y una familia. Piénsalo, querrás casarte, tener hijos, no podrás estar mucho tiempo fuera de casa.
- Pero tú lo has conseguido.
- Yo he pagado un precio por hacerlo; me he perdido vuestro día a día, vuestro crecimiento. Me he perdido la convivencia cotidiana con tu madre, que es mi pareja, y a la que quiero como el primer día. Ella ha sido muy generosa y tolerante conmigo. No sé si Rafael lo aceptaría. Ha sido un precio muy alto, te lo aseguro, pero esta vocación requiere una dedicación absoluta.
- Pero yo no quiero renunciar a ser una gran periodista.
- Puedes desarrollar tu carrera en Madrid, sin viajar mucho, en la redacción. Puedes ser la mejor periodista, pero no la mejor corresponsal. Piénsatelo bien y haz caso a tu corazón. ¿Cómo quieres verte dentro de veinte años? Toma tu decisión y luego no mires atrás. Seguro que será lo mejor para ti.
- Tienes razón, pero me cuesta renunciar a una de las dos alternativas. Toda mi vida he querido ser una trotamundos como tú. Pero no puedo renunciar a Rafael, a su cariño, a la posibilidad de tener hijos con él. No sé, es difícil, no quiero renunciar a nada. ¡Qué claro lo planteas! Llevo días dándole

vueltas y no había querido verlo como una elección tan trascendental; creía que podría encontrar una solución intermedia.

- Tienes que reflexionar y solo tú puedes decidirlo. Sabes que te voy a apoyar con todas mis fuerzas decidas lo que decidas. Y una vez que sepas qué quieres hacer con tu vida, hablaremos de tu proyecto.
- Siempre he soñado con hacer un proyecto a tu lado. Con un trabajo de campo.
- Si eliges ser una corresponsal de guerra, yo puedo llevarte conmigo como auxiliar. Allí encontrarás un montón de temas apasionantes y adecuados para un proyecto. Trabajaremos juntos. Pero ahí ya tienes el primer inconveniente. El proyecto duraría alrededor de un año. ¿Sabes qué pensaría Rafael de que te fueras un año tan lejos?

Cristina emitió un bufido. No quería ni pensarlo. Rafael no aceptaría aquel plan. La necesitaba. Cuando estaba un par de horas sin saber de ella, ya estaba nervioso e impaciente. La quería mucho.

- Si eliges casarte con Rafael y afrontar tu carrera periodística desde Madrid, yo te sugiero un proyecto con un alto contenido intelectual. Elige una personalidad importante, un académico, un pintor, un músico y cuenta su vida, sus logros y también sus sentimientos, sus motivaciones. Todo lo que se pueda saber sobre él, hasta el color de sus calcetines, por no decir otra cosa.
- Eres capaz de analizar situaciones mejor que nadie. Aquí me dejas con mi decisión y mi responsabilidad. Sin escapatoria. Me cuesta mucho renunciar

a cualquiera de las dos alternativas, pero me doy cuenta de que no son compatibles. Me lo voy a pensar profundamente y te contaré el resultado.

Tomás se quedó pensando que había llegado el amor, y contra eso no valen prendas. Podía tener toda la ilusión del mundo en ser corresponsal, podía haber empleado una gran parte de su vida en prepararse para ese trabajo, pero se había enamorado y se habían conmovido todos sus cimientos, se habían desordenado sus prioridades y habían cambiado sus ilusiones y sus anhelos.

Y mientras tanto, ella se encerró en su habitación para que nadie la viera llorar. Iba a enterrar el sueño de toda su vida. Desde muy pequeña, había imaginado una existencia en libertad, recorriendo países lejanos, buscando la noticia, sin depender de nadie. Se había preparado a conciencia poniendo esfuerzo e ilusión en la carrera. Había elegido la especialidad y los talleres más adecuados. Detestaba el tipo de vida convencional —ama de casa, niños, la compra, la hipoteca, los colegios—. Y ahora iba a cambiarlo todo por amor. Había aparecido Rafael y había cambiado sus prioridades y deseos. No concebía la vida sin él, era lo más importante, y nada se podía comparar con la felicidad de estar juntos. Sin embargo, sentía como si le estuvieran arrancando una parte importante de su alma. Debería haberle conocido a los cuarenta años, y eso le hubiera permitido vivir la vida que ella soñaba y luego casarse con él. Pero había ocurrido antes y no podía cambiarlo. Renunciaría a todos sus sueños por amor.

Rafael era alto, guapo y elegante. Era amable y considerado con todo el mundo, pero especialmente con ella, de la que estaba locamente enamorado. Le hacía regalos constantemente, la llamaba, la echaba de menos y consideraba que su mayor felicidad era estar junto a ella. Era muy brillante en su trabajo y sus jefes le

estimaban como un valor emergente. Se enamoró de él sin medida, sin límites. Le quería muchísimo y por él hubiera hecho cualquier sacrificio

Esa fue su decisión en Navidad, pero ahora... Era como si su padre le hubiera pasado el testigo. Había muerto justo el mismo día que ella acababa la carrera. Como si la hubiese estado esperando. Como si supiera que ya había alguien capaz de seguir su estela. Esto cambiaba mucho los planes. No podía decepcionarle. No podía quedarse en Madrid esperando las noticias que otros habían ido a buscar. ¿Y su amor por Rafael? ¿Tendría que renunciar a él? No creía ser capaz de hacerlo, le quería tanto... No sabía qué decisión tomar, no podía decidirse por una u otra alternativa. No eran compatibles. Tenía que elegir entre el amor y la ilusión de toda su vida. ¡Qué dilema!

Se repatrió el cuerpo y se celebraron los funerales. Fue una época difícil de pena y papeleos. En la agencia se portaron muy bien y el Ministerio de Asuntos Exteriores facilitó los trámites para traer a España el cadáver del gran TomRo. Todos lo admiraban, todos presumían de conocerle, de haberle acompañado en algún viaje. La familia recibió las muestras de pesar y las condolencias, con gratitud y resignación. Habían perdido un gran apoyo.

El día de la graduación de Cristina fue muy bonito a pesar del luto que vivían. Las noticias para los periodistas son tan importantes como el aire que respiran. Aquella mañana, se respiraba sorpresa y una cierta desilusión. El rey había nombrado un nuevo presidente de Gobierno. En contra de todas las expectativas, el nombramiento había recaído en Adolfo Suárez, el antiguo ministro-secretario general

del Movimiento. Todos creían que el elegido iba a ser José María de Areilza, diplomático, liberal y progresista. El nombre del nuevo presidente hacía presagiar una cierta involución en la modernidad del sistema. Todos los periódicos traían editoriales doliéndose del nombramiento. Valga como ejemplo el titular del artículo de Ricardo de la Cierva en *El País*: «Qué error, qué inmenso error». En los corrillos se comentaba y se especulaba sobre el próximo futuro con preocupación.

Toda la familia estuvo acompañándola y agasajándola. Había sacado el número uno de su promoción y tuvo que hacer un pequeño discurso y oír como el decano de la Facultad de Ciencias de la Información la ponía como ejemplo de esfuerzo y entusiasmo por la profesión. Pero tenía el corazón roto. No iba a ser corresponsal y no quería quedarse en Madrid a recibir las crónicas de los compañeros que habían tenido la suerte de poder volar. Estaba dividida en sus anhelos más profundos.

Volvieron a casa en el coche de Rafael con su hermana y su marido. Los dos hombres estaban hablando.

- Supongo que Cristina se va a tomar unas buenas vacaciones y luego se pondrá a trabajar.
- Tiene que hacer el proyecto fin de carrera y atender los preparativos de nuestra boda; además, creo que quiere entrar de becaria en ese nuevo periódico llamado *El País*. No creo que le dé tiempo a todo.

Sintió una punzada en el corazón y saltó sin poderlo remediar. Claro que le iba a dar tiempo a todo y mucho más. Rafael ni siquiera se había dado cuenta del enorme sacrificio que estaba haciendo por estar a su lado. No es que lo agradeciera, es que ni siquiera se había apercebido. Era difícil pensar que él estuviera dispuesto a

hacer algo parecido por ella. Lo asumía como la cosa más natural del mundo y creía que se iba a dedicar principalmente a los preparativos de la boda. No podía resistirlo.

— Estáis hablando como si yo no estuviera aquí. Supongo que la persona más adecuada para hablar de mis planes debería ser yo misma.

— Disculpa, cariño. Solo comentaba lo que habíamos hablado tú y yo. Lo que yo creo que va a ocurrir. No te enfades. Hoy es un día importante. Has conseguido ya un título universitario, como todos nosotros, y te felicitamos por ello.

— Nunca me he sentido inferior por no tenerlo, solo más joven.

Habían llegado a casa y se bajó bruscamente del coche, pero antes escuchó el comentario de su hermana.

— Es una persona maravillosa, pero tiene un carácter... Está muy afectada por la muerte de nuestro padre. A veces es difícil entenderla. Discúlpala.

Rafael la miró con una sonrisa de superioridad.

— No te preocupes, no te preocupes.

La relación con Rafael se había enfriado un poco. Cristina estaba inquieta, desasosegada, no acababa de encontrar su lugar y no sabía hacia dónde avanzar. Le pidió a Rafael un tiempo para aclarar sus ideas y decidir lo que quería ser en la vida. Este le contestó que no se demorara, porque él la necesitaba imperiosamente. A Cristina le dolió mucho que no entendiera su profundo desgarró por tener que renunciar a una de las dos partes del dilema.

Rafael insistía en seguir avanzando en su relación. Cristina, en que no estaba segura. Decidieron verse cara a cara para hablar del futuro y quedaron a tomar una copa en la cafetería del hotel Monte Real. Era un sitio discreto, que estaba de moda, con buenos sillones y buenos cócteles, donde se podía mantener una conversación relajada. Cuando ella llegó, la estaba esperando impecable, moreno, atractivo, con una sonrisa preciosa y una manera de mirarla que la hicieron sentir la mujer más afortunada de la tierra. Con una gran seguridad en sí mismo dijo:

- Te he echado mucho de menos. No podía pasar un día más sin verte, sin hablar contigo, sin darte un beso.
- Rafael, no he tomado una decisión... No estás jugando limpio —dijo mientras le miraba embelesada.
- No, no estoy jugando limpio. Apuesto demasiado para andar con finuras. Vengo dispuesto a ayudarte a tomar tu decisión.

No le había soltado la mano y la besó varias veces con ternura; luego la apoyó en su mejilla. Cristina se sentía transportada, le quería con locura y sentía un cosquilleo dulce por todo el cuerpo. Estar con él era lo mejor del mundo. ¿Qué más podía desear? Que la quisiera, que la siguiera mirando con pasión e intensidad, que le siguiera acariciando la muñeca, que le siguiera susurrando palabras cariñosas. Se derretía de amor. Rafael pidió dos Martini cóctel y al cabo de un rato otros dos. Ella quería imponer sus condiciones, pero poco a poco fueron cayendo una a una. En un momento de la conversación, Rafael sacó del bolsillo un estuche, y de él, un anillo de compromiso.

— No me hagas sufrir más. Acepta este anillo y dime que te vas a casar conmigo, que no te lo vas a quitar nunca y que vamos a pasar toda la vida juntos, queriéndonos como ahora mismo.

No podía respirar, ni pensar, las emociones la estaban ahogando y, desde luego, le contestó que sí. Que él era lo más importante de su vida y que nada se podía comparar con la dicha de tenerle cerca.

— Me gustaría abrazarte y besarte durante horas y horas sin que nadie nos viera ni nos molestara.

— Sí, sería estupendo tener nuestra casa para nosotros solos.

— Nuestro hogar tardará un poquito, pero llegará. Y mientras tanto, y puesto que estamos prometidos, no te importará que pasemos un rato a solas.

Le siguió dócilmente a una habitación del hotel, donde empezó besándola con ternura, acariciándola, quitándole la ropa poco a poco. Cristina nunca había experimentado un deseo tan fuerte, una sensación tan placentera, una entrega tan total y absoluta. Hicieron el amor por primera vez, arrobados y felices. Nada fue forzado, todo transcurrió suavemente, con cariño, con cuidado, con un amor infinito. Ella no quería que acabara, le costaba volver al mundo real. Había sido maravilloso y deseaba que volviera a repetirse una y mil veces a lo largo de toda su vida. Lo veía clarísimo. Ahora sabía con seguridad qué mitad del dilema debía elegir. Rafael era su vida y la misión más importante para ella era hacerle feliz. A eso quería dedicar toda su vida.

— ¿Estás bien, mi amor? ¿Estás contenta y feliz? Déjame guiarte. Yo nunca te haré daño y siempre sabré lo que es más conveniente para los dos.

Algo de aquellas palabras chocó con el carácter independiente de Cristina, pero el momento era demasiado perfecto para estropearlo con un comentario. Le sonrió confiada y sumisa.